

**El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria y con Su autoridad para ejercer Su divina administración; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la manifestación de la gloria de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola acción**

El reino de Dios es Dios mismo manifestado en Su gloria y con Su autoridad para ejercer Su divina administración; por lo tanto, entrar en el reino de Dios y entrar en la manifestación de la gloria de Dios son acciones que ocurren simultáneamente como una sola acción (He. 2:10; Mt. 5:20; Ap. 21:9-11; 22:1, 5). En *Life-Study of 2 Peter* [Estudio-vida de 2 Pedro], el hermano Lee dice:

El reino eterno en [2 Pedro 1:11] se refiere al reino de Dios, el cual le fue entregado a nuestro Señor y Salvador Jesucristo (Dn. 7:13-14), y que será manifestado a Su regreso (Lc. 19:11-12). Éste será una recompensa para los creyentes fieles del Señor, quienes procuran crecer en Su vida hasta llegar a la madurez y desarrollar las virtudes de Su naturaleza para poder participar de Su reinado en la gloria de Dios en el milenio (2 Ti. 2:12; Ap. 20:4, 6). Entrar de esta manera en el reino eterno del Señor está relacionado con entrar en la gloria eterna de Dios, a la cual Dios nos llamó en Cristo (1 P. 5:10; 1 Ts. 2:12). (págs. 55-56)

Que todos cumplamos este llamamiento divino. Es Él quien nos ha llamado a Su reino y a Su gloria, y en cierta manera, allí es donde nos encontramos hoy. Ya estamos en Su reino y gloria. Sin embargo, esta esfera o ámbito debe extenderse a través del crecimiento en la vida divina. Todos nosotros, los que estamos en el recobro, debemos ir en pos de dicho crecimiento, desarrollar la semilla del reino hasta que ésta alcance la madurez, mas no solamente para nuestro propio provecho o beneficio, sino para que exista una esfera en la cual Dios puede gobernar. Anhelamos propiciar el advenimiento del reino del Señor. Que el Señor haga esto en Su recobro.—M. C.

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8**

**Salvación en santificación  
(Mensaje siete)**

Lectura bíblica: 2 Ts. 2:13-14; 1 Ts. 5:23; Jn. 17:17; Col. 1:27

- I. Dios nos escogió desde la eternidad pasada “para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad”—Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13:
  - A. La salvación que Dios efectúa no sólo incluye la salvación de la perdición eterna, sino Su salvación plena y completa—1 P. 1:5:
    1. Todos los efectos, beneficios y resultados de la salvación eterna son de naturaleza eterna, por lo cual trascienden todas las condiciones y limitaciones que nos impone la esfera del tiempo—He. 5:9.
    2. La plena salvación de Dios se lleva a cabo en tres etapas: la etapa inicial, que es la etapa de la regeneración; la etapa progresiva, que es la etapa de la transformación; y la etapa de consumación, que es la etapa de la glorificación—1 Co. 6:11; Ro. 5:10; Fil. 3:21.
    3. La salvación de Dios incluye el hecho de ser salvos de muchos asuntos en nuestra vida diaria, ser salvos de los sufrimientos durante la gran tribulación y la salvación de nuestra alma, lo cual nos librerá del castigo dispensacional—1:19, 28; 2:12; Lc. 21:36; 1 Ts. 5:9; Ap. 3:10; 1 P. 1:9.
  - B. La salvación de Dios se efectúa en santificación por el Espíritu—2 Ts. 2:13:
    1. La expresión “salvación en santificación” significa que si hemos de disfrutar y participar de la plena salvación de Dios, tenemos que experimentar la santificación efectuada por el Espíritu.
    2. El Espíritu mora en nosotros con esta única meta:

- santificarnos, apartarnos por completo para el propósito de Dios—1 Ts. 1:6; 4:8:
- a. El Espíritu Santo se mueve, opera y actúa en nosotros constantemente a fin de santificarnos—He. 12:14.
  - b. El Espíritu nos santifica continuamente al aplicar a nosotros lo que el Padre planeó y lo que el Hijo logró—Ef. 1:3-14.
3. Dios nos ha puesto en el proceso de santificación, el cual está vinculado a la transformación—1 Ts. 5:23; Ro. 12:2; 2 Co. 3:18:
    - a. La salvación de Dios implica un proceso continuo mediante el cual somos hechos santos—1 P. 1:15-16.
    - b. Ser partícipes de la santificación equivale a participar en el proceso de ser hechos santos—1 Ts. 5:23.
    - c. Por ser salvos, todos nos encontramos en el proceso de ser santificados y gozamos así del poder salvador de Dios—Ro. 6:19; He. 7:25.
  4. “El Espíritu, el Santo” tiene como objetivo que el hombre sea hecho santo, es decir, que sea hecho Dios en vida y en naturaleza mas no en la Deidad—Ef. 1:4; 1 Ts. 4:8.
  5. Dios nos hace santos al impartirse en nosotros como Aquel que es santo, de modo que todo nuestro ser sea saturado y empapado de Su naturaleza santa—1 P. 1:15-16.
  6. A medida que el Espíritu lleva a cabo Su obra de santificación en nosotros, nos imparte la vida de Dios; el grado en el cual se efectúe dicha impartición dependerá del grado en que el Espíritu logre santificarnos—Ro. 6:22; 8:2, 11.
- C. La salvación que se efectúa en santificación no sólo se lleva a cabo por el Espíritu, sino también por la fe en la verdad, es decir, en la palabra como verdad—2 Ts. 2:13; Col. 1:5:
    1. El hecho de ser santificados al creer, o tener fe, en la verdad, como se menciona en 2 Tesalonicenses 2:13, corresponde a lo dicho por el Señor en Juan 17:17, donde Él pide al Padre que nos santifique en la verdad y declara que la palabra del Padre es verdad.
    2. A fin de experimentar la santificación del Espíritu, tenemos que acudir a la Palabra.
    3. Cuanto más vemos la verdad, la realidad, revelada en el

- Nuevo Testamento, más disfrutamos la santificación—1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:15, 25.
4. Ser santificados al creer en la verdad es una experiencia subjetiva; la salvación que Dios efectúa en santificación no se lleva a cabo meramente al adquirir nosotros un conocimiento objetivo de la verdad, sino al aprehender la verdad de modo subjetivo—Jn. 17:17, 19.
- II. Dios nos ha llamado para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad mediante el evangelio para que alcancemos “la gloria de nuestro Señor Jesucristo”—2 Ts. 2:14:
    - A. La salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad denota el procedimiento, mientras que alcanzar la gloria de nuestro Señor es la meta—He. 2:10.
    - B. La gloria que el Padre dio al Hijo es la filiación, que incluye la vida y la naturaleza divinas del Padre, a fin de que el Padre sea expresado en Su plenitud—Jn. 17:22; 5:26; 1:18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:3:
      1. El Hijo dio esta misma gloria a Sus creyentes para que también ellos tengan la filiación, que incluye la vida y la naturaleza divinas del Padre, a fin de que expresen al Padre en el Hijo, en la plenitud del Hijo—Jn. 1:16; 17:2; 2 P. 1:4.
      2. Dios nos llamó para que alcanzáramos esta gloria, la gloria de la vida divina y de la naturaleza divina, a fin de que expresáramos al Ser Divino—1 P. 5:10.
    - C. En 2 Tesalonicenses 1:10 dice que Cristo viene “para ser glorificado en Sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”:
      1. Cristo, el Señor de gloria, fue glorificado en Su resurrección y ascensión, y ahora reside en nosotros como la esperanza de gloria para llevarnos a la gloria—1 Co. 2:8; Jn. 17:1; Lc. 24:26; Col. 1:27; He. 2:9-10.
      2. A Su regreso, Él, por un lado, vendrá de los cielos con gloria, y, por otro, brotará del interior de Sus santos a fin de ser glorificado en ellos—Ap. 10:1; Mt. 25:31; 2 Ts. 1:10; Col. 1:27.
      3. Que Cristo sea glorificado en Sus santos significa que Su gloria se hará manifiesta desde el interior de Sus miembros y que dicha gloria “transfigurará el cuerpo de la

humillación nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya”—Fil. 3:21.

- D. En 2 Tesalonicenses 1:12 dice: “Para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en Él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”:
1. La gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo es el Señor mismo que mora en nosotros como nuestra vida y nuestro suministro de vida, a fin de que llevemos una vida que glorifique al Señor y redunde en que seamos glorificados en Él—1 Co. 15:10; Gá. 6:18; Fil. 4:23; 2 Ti. 4:22.
  2. Es conforme a tal gracia que el nombre de nuestro Señor Jesús será glorificado en nosotros y nosotros seremos glorificados en Él—Jn. 1:16; 17:21-22, 26.

## MENSAJE SIETE

### SALVACIÓN EN SANTIFICACIÓN

Este mensaje y los dos siguientes se relacionan con el tema de la santificación. El título de este mensaje puede parecerse simple, pero éste es, en realidad, un mensaje bastante complejo. El título *Salvación en santificación* se basa en 2 Tesalonicenses 2:13, el versículo más crucial de esta epístola. En los versículos 13 y 14 dice: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad, a lo cual también os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”.

Me preocupa que nuestro entendimiento limitado acerca de la santificación pueda ser un velo que nos impida contemplar el panorama completo de la santificación en el contexto de la economía eterna de Dios. Lo poco que sabemos al respecto tal vez sea correcto; no obstante, el ministro de la era, al llevar adelante el ministerio de la era regido por la visión de la era, fue guiado mucho más allá de lo que muchos de nosotros hayamos logrado percibir. Hay un panorama completo—incluso una vista panorámica de proporciones universales y de carácter eterno— respecto a la santificación, pues la santificación está estrechamente vinculada a la salvación, a la economía de Dios y a nuestra glorificación. Por tanto, es necesario que tengamos un espíritu que va en pos de la enseñanza de los apóstoles. De hecho, este mensaje constituye una lección en la enseñanza de los apóstoles.

Debiéramos hacernos una serie de preguntas claves al considerar los versículos 13 y 14. El versículo 13 dice que Dios nos escogió “desde el principio”. ¿Qué principio es éste? Él nos escogió “para salvación”. ¿Qué incluye esta salvación? ¿Qué quiere decir que la salvación para la cual Dios nos escogió es “en santificación”? ¿Y qué quiere decir que esta santificación es “por el Espíritu”? ¿Qué es “la fe en la verdad”? El versículo 14 comienza con las palabras “lo cual”; estas palabras nos remiten nuevamente a la “salvación en santificación por el Espíritu y

en la fe en la verdad”. ¿Por qué el pensamiento que fluye en estos versículos concluye con la frase: “para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”? ¿Qué es “la gloria de nuestro Señor Jesucristo”? ¿Qué significa alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué relación existe entre alcanzar esta gloria y la salvación en santificación? Al considerar estos asuntos en este mensaje, ciertamente tenemos que ejercitar nuestro espíritu, pero también tenemos que ceñirnos al principio enunciado por Pablo en 1 Corintios 14:15 cuando dijo: “¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con la mente”. Debido al tema del cual trata este mensaje, se requiere del ejercicio coordinado de un espíritu ardiente con una mente sobria para prestar debida atención tanto a la palabra como a la verdad presentadas en el ministerio del Señor.

**DIOS NOS ESCOGIÓ DESDE LA ETERNIDAD PASADA  
“PARA SALVACIÓN EN SANTIFICACIÓN POR EL ESPÍRITU  
Y EN LA FE EN LA VERDAD”**

Dios nos escogió desde la eternidad pasada “para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad” (Ef. 1:4; 2 Ts. 2:13). En esta sección veremos un panorama general de la salvación. La carga de este mensaje no es la salvación en sí misma, sino el hecho de que esta salvación es efectuada por Dios en santificación. Sin embargo, puesto que estamos usando el término *salvación*, es necesario que primero tengamos una definición apropiada de lo que es la salvación.

**La salvación que Dios efectúa no sólo incluye la salvación de la perdición eterna, sino Su salvación plena y completa**

La salvación que Dios efectúa no sólo incluye la salvación de la perdición eterna, sino Su salvación plena y completa (1 P. 1:5). La palabra *salvación*, usada en 2 Tesalonicenses 2:13, denota la salvación plena y completa que Dios efectúa.

*Todos los efectos, beneficios  
y resultados de la salvación eterna son de naturaleza eterna,  
por lo cual trascienden todas las condiciones  
y limitaciones que nos impone la esfera del tiempo*

Todos los efectos, beneficios y resultados de la salvación eterna son de naturaleza eterna, por lo cual trascienden todas las condiciones y limitaciones que nos impone la esfera del tiempo. Según Hebreos 5:9,

el Señor es fuente de eterna salvación. Todos los creyentes conocen y poseen la salvación en su aspecto eterno. Sabemos que, debido a la muerte redentora de Cristo, nuestros pecados nos han sido perdonados, hemos sido justificados por fe, hemos sido reconciliados con Dios, hemos sido santificados en cuanto a nuestra posición delante de Dios, poseemos la vida eterna, jamás pereceremos y nuestro destino es la Nueva Jerusalén. Sin embargo, tenemos que avanzar para poder contemplar el panorama completo de la salvación que Dios efectúa.

*La plena salvación de Dios se lleva a cabo en tres etapas:  
la etapa inicial, que es la etapa de la regeneración;  
la etapa progresiva, que es la etapa de la transformación;  
y la etapa de consumación, que es la etapa de la glorificación*

La plena salvación de Dios se lleva a cabo en tres etapas: la etapa inicial, que es la etapa de la regeneración; la etapa progresiva, que es la etapa de la transformación; y la etapa de consumación, que es la etapa de la glorificación (1 Co. 6:11; Ro. 5:10; Fil. 3:21). Con base en este resumen de la salvación completa de Dios, cuando se nos pregunte: “¿Ha sido usted salvo?”, nuestra respuesta no debiera ser tan simple. Debiéramos decir: “Sí, en cierto sentido, he sido salvo; pero en otro sentido, estoy siendo salvo; e incluso, en otro sentido, seré salvo”. Esta salvación completa en sus tres etapas depende de la santificación por el Espíritu y por la fe en la verdad. Si no participamos del proceso de santificación, nuestra experiencia de la salvación en la segunda etapa será muy escasa y deficiente.

*La salvación de Dios incluye el hecho de ser salvos  
de muchos asuntos en nuestra vida diaria,  
ser salvos de los sufrimientos  
durante la gran tribulación y la salvación de nuestra alma,  
lo cual nos librerá del castigo dispensacional*

La salvación de Dios incluye el hecho de ser salvos de muchos asuntos en nuestra vida diaria, ser salvos de los sufrimientos durante la gran tribulación y la salvación de nuestra alma, lo cual nos librerá del castigo dispensacional (1:19, 28; 2:12; Lc. 21:36; 1 Ts. 5:9; Ap. 3:10; 1 P. 1:9). En nuestra vida diaria con frecuencia nos dejamos irritar por ciertas cosas, o por algunas personas, y nos asedian algunas dolencias físicas y ciertas condiciones psicológicas negativas. Por ende, la salvación es requerida diariamente.

Quizás no tengamos bien en claro a qué nos referimos al hablar de la salvación del alma. Podríamos pensar que las frases “salvación de nuestra alma” y “transformación de nuestra alma” son sinónimas, pero no es así. Cuando hablamos de la transformación de nuestra alma, nos referimos al cambio metabólico que ocurre en nuestra alma en virtud de la vida divina y en el contexto de la salvación orgánica de Dios a fin de que Él obtenga Su expresión. La salvación del alma, en cambio, está relacionada con la salvación de nuestra alma al ser librada de sufrimientos. Esto se refiere al hecho de que si seguimos al Señor, andamos como es digno de Dios, vivimos en la realidad del reino, experimentamos la salvación en santificación, optamos por el camino de la cruz, seguimos al Cordero por dondequiera que vaya, estamos dispuestos a negar nuestra vida del alma y estamos dispuestos a que nuestra alma sufra diversos padecimientos en esta era por amor al Señor y por causa del evangelio, cuando el Señor venga, ya no será necesario que nuestra alma padezca sufrimientos durante el reino milenar. Nuestra alma ya habrá padecido sufrimientos debido a que estuvimos dispuestos a perder nuestra alma, a sufrir en nuestra alma. Por tanto, como recompensa, entraremos en el gozo de nuestro Señor, y nuestra alma disfrutará de regocijo extraordinario.

Sin embargo, si en este tiempo optamos por salvar nuestra alma al ser indulgentes con nuestra vida del alma y no estamos dispuestos a tomar el camino de la cruz, a seguir al Cordero por dondequiera que vaya, a pagar el precio que sea necesario para que la economía divina sea llevada a cabo y a sufrir en nuestra alma incluso hasta la muerte por causa del testimonio de Jesús, cuando el Señor venga, perderemos nuestra alma en el sentido de que nuestra alma deberá sufrir por mil años. Ciertamente, habiendo sido iluminados por todo esto, anhelamos la salvación eterna, la plena salvación que consta de tres etapas, la salvación en nuestra vida diaria, la salvación de los sufrimientos durante la gran tribulación y la salvación de nuestra alma, la cual consiste en ser librados del castigo dispensacional que, de otro modo, sería necesario. En breve, en esto consiste la plena y completa salvación que Dios efectúa.

#### **La salvación de Dios se efectúa en santificación por el Espíritu**

La salvación de Dios se efectúa en santificación por el Espíritu (2 Ts. 2:13). Me temo que apenas poseamos un entendimiento parcial de la santificación. Quizás únicamente conozcamos la santificación

como una de las etapas incluidas en la salvación orgánica que Dios efectúa, la cual ocurre después de nuestra regeneración y antes de que seamos renovados, transformados, conformados a la imagen del Hijo, finalmente, glorificados. Es posible que también sepamos que la santificación consiste en obtener más de la naturaleza santa de Dios. Si bien tal entendimiento es correcto, todavía constituye una visión incompleta de la santificación. La santificación no es meramente cuestión de ser separados para Dios de una manera objetiva y de ser saturados de Dios en nuestra manera de ser.

La economía de Dios, en su totalidad, depende de la santificación. Toda la economía neotestamentaria de Dios se lleva a cabo en santificación, por la santificación y a través de la santificación. Cuando fuimos salvos, el Espíritu nos encontró, nos despertó, nos iluminó y nos redarguyó, todo ello a fin de lograr nuestra santificación. Al derramar Su sangre para redimirnos y al santificarnos para Dios mediante Su sangre derramada, el Señor Jesús efectuó la santificación redentora. Al venir a nuestro espíritu, trayendo a nuestro interior no solamente la vida de Dios sino también la naturaleza de Dios, el Espíritu Santo efectuó la santificación regeneradora. Además, los procesos de renovación, de transformación y de ser conformados a la imagen del Hijo, también constituyen aspectos de la santificación, pero todo esto todavía no constituye el espectro completo de la santificación.

En Efesios 1:4-5 Pablo dice: “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor, predestinándonos para filiación por medio de Jesucristo para Sí mismo, según el beneplácito de Su voluntad”. Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor. En estos versículos se nos muestra la economía de Dios en conformidad con el beneplácito de Dios. La economía de Dios es tanto Su plan como lo dispuesto por Él para, en Su Trinidad Divina, forjarse en nuestro ser con el fin de hacernos igual a Él en vida y naturaleza de modo que lleguemos a ser Sus hijos maduros y, así, constituir Su expresión corporativa. En Su economía, Dios tiene como meta producir muchos hijos, pero la filiación tiene como fundamento la santidad, la misma que se obtiene mediante la santificación. La santificación es el proceso mediante el cual somos hechos santos, incluso santos como Dios es santo. Por tanto, en la eternidad pasada, cuando Dios nos marcó para filiación, Él nos escogió para que fuésemos santos, para ser puestos en el proceso de la santificación, de modo

que podamos llegar a ser hijos de Dios en todo el sentido de la palabra, es decir, iguales en vida y naturaleza a Su Primogénito. Por tanto, la santificación está en el corazón mismo de la economía de Dios, la cual tiene como fin que sean producidos muchos hijos.

Podemos seguir avanzando y afirmar que ser santificados es ser “hijificados”. La santificación es el proceso divino en el cual las criaturas de Dios, los que Él eligió y redimió, son hechos hijos de Dios en todo su ser tripartito. Es menester que veamos la relación intrínseca que existe entre la santificación y la filiación. La santificación tiene como finalidad la plena filiación, o sea, resulta en la plena filiación. Gálatas, Romanos y Filipenses revelan, todos ellos, que el objetivo de Dios al realizar Su economía es el de producir hijos. Apocalipsis 21 nos revela que la Nueva Jerusalén es una entidad compuesta por hijos glorificados de Dios (v. 7). La Nueva Jerusalén, que es la totalidad de la filiación divina, es llamada la santa ciudad (v. 2). A fin de que Dios obtenga Sus hijos, es imprescindible que se lleve a cabo el proceso de la santificación con miras a hacer que los redimidos por Dios sean constituidos hijos Suyos.

Hebreos 2:10 dice: “Convenía a Aquel para quien y por quien son todas las cosas, que al llevar muchos hijos a la gloria perfeccionase por los sufrimientos al Autor de la salvación de ellos”. Llevar muchos hijos a la gloria es el objetivo que se ha fijado Dios. El siguiente versículo, el 11, comienza con la palabra *porque*, lo cual nos indica que este versículo da una explicación adicional relacionada con el versículo previo. Este versículo dice: “Porque todos, así el que santifica como los que son santificados, de uno son; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos”. Por tanto, aquí nuevamente vemos la filiación vinculada a la santificación. Dios el Padre lleva muchos hijos a la gloria al santificarlos, al hacerlos iguales a Él en Su naturaleza. De este modo, el Hijo primogénito y los muchos hijos son todos “de uno”; todos ellos proceden de la misma fuente y son idénticos en vida, naturaleza, constitución, manifestación y expresión. La única diferencia es que el Hijo primogénito posee la Deidad y los muchos hijos no. Dios puede obtener tales hijos únicamente por medio de la santificación.

En 1 Pedro 1:2 dice que fuimos: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas”. Dios nos eligió según Su presciencia, predestinándonos para ser hijos divinos que conformen Su expresión corporativa eterna. Además, Su

elección fue en santificación del Espíritu. La elección ocurrió en la eternidad pasada, pero la santificación del Espíritu ocurre en el tiempo. Esto se debe a que Dios trasciende el tiempo y el espacio. Este versículo vincula la elección efectuada por Dios en la eternidad con la obra santificadora del Espíritu que se lleva a cabo en la esfera temporal. Esto nos revela que la elección efectuada por Dios para hacernos Sus hijos divinos y santos —una elección determinada en la eternidad antes de que tuviéramos la oportunidad de opinar al respecto— es llevada a cabo en el tiempo, en la santificación por el Espíritu. Cuando el evangelio es predicado, se aplica el primer aspecto de la santificación del Espíritu. El Espíritu nos encuentra, viene a nosotros, nos ilumina, nos despierta, nos redarguye, nos separa y nos infunde fe. El resultado es nuestra obediencia, la cual incluye nuestro arrepentimiento y nuestra acción de creer. En esto consiste la santificación inicial efectuada por el Espíritu.

Yo fui salvo en agosto de 1955 en una conferencia misionera. Asistí a esa conferencia no porque buscara a Dios, sino porque quería iniciar una relación sentimental con una de las asistentes. Sin embargo, apenas iniciada dicha conferencia, mi intención de iniciar tal relación se vio definitivamente frustrada y me vi obligado a pasar una semana entera escuchando mensajes a lo largo del día. El Espíritu me santificó, me iluminó, me habló, me redarguyó de pecado y fui salvo. Aunque mi experiencia de salvación fue bastante débil y hasta cierto grado ambigua, aproximadamente un mes después me di cuenta de que otra persona vivía en mi interior. Esto no sucedió porque yo hubiese estado buscando a Dios, sino porque el Espíritu me estaba buscando a mí. Aun si nosotros hubiésemos estado buscando a Dios antes de nuestra salvación, en realidad fue el Espíritu santificador quien nos movió a buscar a Dios. Todos fuimos encontrados de este modo por el Espíritu que nos buscó. Entonces, fuimos rociados con la sangre de Jesús, vestidos con la vestidura de justicia y regenerados por el Espíritu. Todo esto fue la aplicación de la elección de Dios mediante la santificación. Ahora estamos siendo saturados, renovados, transformados, conformados a la imagen del Hijo y glorificados. Nuestra santificación alcanzará su consumación cuando seamos los hijos glorificados del Dios Triuno. Hasta entonces, el proceso de santificación tiene que seguir su curso de modo que nuestra salvación pueda continuar avanzando, pues necesitamos experimentar una salvación plena y completa.

*La expresión “salvación en santificación” significa que si hemos de disfrutar y participar de la plena salvación de Dios, tenemos que experimentar la santificación efectuada por el Espíritu*

La expresión “salvación en santificación” significa que si hemos de disfrutar y participar de la plena salvación de Dios, tenemos que experimentar la santificación efectuada por el Espíritu. Romanos 5 revela que seremos salvos en la vida de Dios (v. 10), pero el capítulo 6 procede a revelarnos que es necesario que presentemos los miembros de nuestro cuerpo como esclavos a la justicia, para santificación (v. 19). El versículo 22 dice que la consumación, el final, del proceso de la santificación es la vida eterna. Tenemos que darnos cuenta de que para ser salvos en la vida de Dios, se necesita la santificación completa y exhaustiva llevada a cabo por el Espíritu.

*El Espíritu mora en nosotros con esta única meta: santificarnos, apartarnos por completo para el propósito de Dios*

El Espíritu mora en nosotros con esta única meta: santificarnos, apartarnos por completo para el propósito de Dios (1 Ts. 1:6; 4:8). En nuestro ser caído hay algo que se opone a que seamos separados para Dios y seamos santificados, pero el Señor es perfectamente capaz de vencer tal resistencia al efectuar la santificación por el Espíritu. Cuando seamos subyugados, todos los días oraremos: “Señor, gracias que todavía respiro. Tú me has concedido este día. Santifícame a lo largo del día”.

*El Espíritu Santo se mueve,  
opera y actúa en nosotros  
constantemente a fin de santificarnos*

El Espíritu Santo se mueve, opera y actúa en nosotros constantemente a fin de santificarnos (He. 12:14). El Espíritu mora en nosotros con este propósito específico.

*El Espíritu nos santifica continuamente al aplicar a nosotros lo que el Padre planeó y lo que el Hijo logró*

El Espíritu nos santifica continuamente al aplicar a nosotros lo que el Padre planeó y lo que el Hijo logró (Ef. 1:3-14). Incluso mientras leemos este mensaje, somos santificados.

*Dios nos ha puesto en el proceso de santificación, el cual está vinculado a la transformación*

*La salvación de Dios implica un proceso continuo mediante el cual somos hechos santos*

Dios nos ha puesto en el proceso de santificación, el cual está vinculado a la transformación (1 Ts. 5:23; Ro. 12:2; 2 Co. 3:18). La salvación de Dios implica un proceso continuo mediante el cual somos hechos santos (1 P. 1:15-16). Es Dios quien nos puso en este proceso. Él sabe que habrá tiempos en los que diremos: “Me rindo. Ya no quiero ser un cristiano. Dejaré de orar y leer la Biblia. Simplemente no puedo soportar todo esto, no puedo ser tal clase de persona, jamás lograré serlo y simplemente no puedo”. No obstante, todavía continuamos en el proceso de santificación pues es Dios quien nos puso allí. En lo referido a nuestra santificación, las únicas variables son cuándo sucederá y cuánto tiempo requerirá, no si ello ha de suceder. Por tanto, seremos sabios si cooperamos con este proceso entregándonos al Señor cada día orando: “Señor, conquista más terreno en mí hoy. Satúrame, empápame, reconstitúyeme, deificame, ‘Cristifícame’ e ‘hijifícame’ hoy. Haz todo lo que puedas en lo que queda de este día”. Nos guste o no, estaremos en este proceso hasta que llegue a su consumación gloriosa.

*Ser partícipes de la santificación equivale a participar en el proceso de ser hechos santos*

Ser partícipes de la santificación equivale a participar en el proceso de ser hechos santos (1 Ts. 5:23). Por tanto, podemos afirmar que la salvación en santificación es la salvación que se efectúa en virtud del proceso mediante el cual somos hechos santos.

*Por ser salvos, todos nos encontramos en el proceso de ser santificados y gozamos así del poder salvador de Dios*

Por ser salvos, todos nos encontramos en el proceso de ser santificados y gozamos así del poder salvador de Dios (Ro. 6:19). Hebreos 7:25 dice: “Puede también salvar por completo a los que por Él se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos”. Ciertamente todos anhelamos ser salvos por completo. Sin embargo, a fin de conocer el poder salvador de Dios, tenemos que permanecer en el proceso de ser santificados. A veces consulto con un hermano que

es médico sobre asuntos de salud, y con frecuencia él no solamente me pregunta: “¿En qué condición te encuentras?”, sino: “¿Cuál es la tendencia?”. Muchos de nosotros debiéramos sentirnos alentados, pues si bien conocemos nuestra condición actual por nuestros síntomas, y ello nos recuerda que todavía tenemos un largo camino por recorrer, podemos reconocer que la tendencia es positiva. La tendencia apunta a nuestra completa santificación. Nosotros simplemente tenemos que mantener esta tendencia.

*“El Espíritu, el Santo” tiene como objetivo que el hombre sea hecho santo, es decir, que sea hecho Dios en vida y en naturaleza mas no en la Deidad*

“El Espíritu, el Santo” tiene como objetivo que el hombre sea hecho santo, es decir, que sea hecho Dios en vida y en naturaleza mas no en la Deidad (Ef. 1:4; 1 Ts. 4:8). Cuando Dios nos eligió para que fuésemos santos, Él nos eligió para ser Dios en vida y naturaleza. Es imposible llegar a ser un hijo de Dios sin ser Dios en vida y naturaleza. En la eternidad pasada solamente había un único Hijo, el Unigénito de Dios, pero Dios tenía previsto todo el proceso mediante el cual, primero, el Hijo primogénito de Dios sería producido como el prototipo y, después, dicho prototipo sería reproducido de modo que Él obtuviese muchos hijos que fuesen conformados a la imagen del Hijo primogénito. Cuando Dios nos eligió en la eternidad pasada para que fuésemos santos y nos predestinó para filiación, de hecho Él estaba decidiendo: “Los deificaré; los haré Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad”. En esto consiste ser santificados.

*Dios nos hace santos al impartirse en nosotros como Aquel que es santo, de modo que todo nuestro ser sea saturado y empapado de Su naturaleza santa*

Dios nos hace santos al impartirse en nosotros como Aquel que es santo, de modo que todo nuestro ser sea saturado y empapado de Su naturaleza santa (1 P. 1:15-16). Les recomiendo de todo corazón que personalmente ofrezcan la siguiente oración una vez al día: “Señor, satúrame de Ti y empápame de Ti a lo largo de todo este día”. Esta oración es conforme a la voluntad de Dios. Él todavía espera escuchar tales oraciones. El progreso espiritual de muchos de nosotros ha sido inadecuado debido a que somos muy pasivos en lo que se refiere a nuestra respuesta a las palabras del Señor. El Señor nos ha hablado por medio

de este ministerio y nos ha dicho cosas tremendas, y nosotros nos hemos abierto a tales palabras y las hemos recibido y creído, pero rara vez hemos tomado el tiempo necesario para volver a presentar esas mismas palabras delante del Señor en oración: “Señor, haz aquello que dijiste”. Es determinante responder a tales palabras por medio de la oración, e incluso podemos orar dichas palabras al mismo tiempo que las estamos escuchando o leyendo. Si, por ejemplo, leemos que el Señor desea que seamos saturados de Él, debiéramos orar: “Señor, satúrame”. Si leemos que el Señor desea santificarnos, debemos orar: “Señor, santifícame”. Si leemos que el Señor desea deificararnos, debemos orar: “Señor, deifícame”. Hay un tiempo para orar por todo el linaje humano, y hay un tiempo para orar por nosotros mismos.

Necesitamos orar: “Señor, hazme un hijo glorificado de Dios. Antes de encontrarme contigo, que yo pueda ser completamente saturado de Ti, plenamente transformado, renovado y conformado a Tu imagen”. Si oramos de este modo, seremos un testimonio vivo de Hebreos 12:14, que dice: “Seguid ... la santificación, sin la cual nadie verá al Señor”. Es bueno orar: “¡Ven, Señor Jesús!”, pero el Señor podría responder a esta oración diciéndonos: “¿Quisieras que venga a tu encuentro antes de que seas plenamente santificado? ¿Qué sucederá contigo si cuando venga tú no tienes la santificación requerida para verme?”. En 1 Juan 3:2b dice: “Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”. Sin embargo, a fin de verle como Él es, tenemos que ser santificados. Apocalipsis 22:4 dice: “Y verán Su rostro”. Por la eternidad veremos el rostro de Dios, pero el requisito indispensable, el requisito previo, es ser completamente santificados. Por tanto, al orar con espíritu nupcial: “¡Ven, Señor Jesús!”, debemos también orar: “Señor, prepárame al santificarme”.

*A medida que el Espíritu lleva a cabo Su obra de santificación en nosotros, nos imparte la vida de Dios; el grado en el cual se efectúe dicha impartición dependerá del grado en que el Espíritu logre santificarnos*

A medida que el Espíritu lleva a cabo Su obra de santificación en nosotros, nos imparte la vida de Dios; el grado en el cual se efectúe dicha impartición dependerá del grado en que el Espíritu logre santificarnos (Ro. 6:22; 8:2, 11). En parte, ésta es la razón por la cual algunos santos no crecen, aun cuando ya son de edad avanzada y han estado en

el recobro por tres o cuatro décadas. Ellos son buenos, pero no son Dios. Ellos no aman el mundo ni practican el pecado, pero tampoco hay en ellos el rebozar de la vida divina. No es normal que haya santos que han estado en la vida de iglesia por cuarenta años y, aún así, de su ser interior no desbordan ríos de agua viva. Tenemos que despertar y orar: “Señor, no estoy de acuerdo con la lentitud de mi crecimiento en Tu vida. Hazme normal”. El Señor responderá: “Sí, quiero hacer eso. Quiero salvarte en virtud de Mi vida y hacer que crezcas en términos de tal vida, pero el grado en el que Yo podré impartirte Mi vida dependerá del grado en el cual Mi Espíritu pueda santificarte”.

**La salvación que se efectúa en santificación  
no sólo se lleva a cabo por el Espíritu,  
sino también por la fe en la verdad,  
es decir, en la palabra como verdad**

*El hecho de ser santificados al creer, o tener fe, en la verdad,  
como se menciona en 2 Tesalonicenses 2:13,  
corresponde a lo dicho por el Señor en Juan 17:17,  
donde Él pide al Padre que nos santifique en la verdad  
y declara que la palabra del Padre es verdad*

La salvación que se efectúa en santificación no sólo se lleva a cabo por el Espíritu, sino también por la fe en la verdad, es decir, en la palabra como verdad (2 Ts. 2:13; Col. 1:5). El hecho de ser santificados al creer, o tener fe, en la verdad, como se menciona en 2 Tesalonicenses 2:13, corresponde a lo dicho por el Señor en Juan 17:17, donde Él pide al Padre que nos santifique en la verdad y declara que la palabra del Padre es verdad.

*A fin de experimentar la santificación del Espíritu,  
tenemos que acudir a la Palabra*

A fin de experimentar la santificación del Espíritu, tenemos que acudir a la Palabra. El famoso evangelista D. L. Moody escribió en la contratapa de su Biblia la siguiente declaración: “Este libro me guardará de pecar, o el pecado me guardará de este libro”. Todos nuestros jóvenes debieran recordar esta declaración. Si ingerimos la Palabra, ella nos santificará y nos guardará de pecar. Por tanto, la Palabra va a la par con el Espíritu.

*Cuanto más vemos la verdad, la realidad, revelada en el Nuevo Testamento, más disfrutamos la santificación*

Cuanto más vemos la verdad, la realidad, revelada en el Nuevo Testamento, más disfrutamos la santificación (1 Ti. 2:4; 2 Ti. 2:15, 25).

*Ser santificados al creer en la verdad es una experiencia subjetiva;  
la salvación que Dios efectúa en santificación no se lleva a cabo  
meramente al adquirir nosotros  
un conocimiento objetivo de la verdad,  
sino al aprehender la verdad de modo subjetivo*

Ser santificados al creer en la verdad es una experiencia subjetiva; la salvación que Dios efectúa en santificación no se lleva a cabo meramente al adquirir nosotros un conocimiento objetivo de la verdad, sino al aprehender la verdad de modo subjetivo (Jn. 17:17, 19). La verdad objetiva es la escena divina en la economía de Dios. Ella consiste tanto en la palabra escrita hallada en las Escrituras como también en la palabra proclamada y enseñada en el ministerio del Señor. Ésta es la escena que es objetiva, extrínseca, para nosotros. Tenemos que conocer esta verdad en todos sus detalles. Entonces el Espíritu podrá arrojar luz sobre estas verdades que son objetivas para nosotros, causando que esta escena sea transmitida al interior de nuestro ser para convertirse en un depósito permanente en nosotros. Todo esto ocurre en nuestro ser cuando se produce en él una respuesta de fe a la predicación de la palabra. En primer lugar, la escena nos es presentada, la revelación se despliega delante de nuestros ojos, y nosotros la consideramos en términos objetivos. Entonces, somos iluminados, algo surge en nuestro ser y nosotros lo hacemos nuestro. Respondemos y decimos: “¡Amén!”. Decimos: “Sí”; eso es la fe. Esta respuesta de fe hace que la verdad que era objetiva para nosotros y que se halla contenida en la escena divina, llegue a ser el contenido de nuestro ser en términos subjetivos para nosotros. Por tanto, es la fe en la verdad la que nos santifica.

Sin embargo, no podemos olvidar que primero se requiere el conocimiento de la verdad en términos objetivos. Hay quienes menosprecian esto. Quizás estas personas menosprecien el entrenamiento de tiempo completo debido al énfasis que puso el hermano Lee en la verdad, pero él sabía lo que hacía. Tenemos que leer la Biblia repetidas veces, debemos leer la *Versión Recobro* con las notas de pie de página, las publicaciones del ministerio y el *Estudio-vida de la Biblia*; además, debemos

asistir a las conferencias y entrenamientos a fin de contemplar la escena de la economía divina. Necesitamos conocer estas cosas; necesitamos adquirir tal conocimiento. Admitimos que al principio esto es conocimiento meramente objetivo para nosotros, pero es allí donde tenemos que comenzar. Luego, si nuestro corazón se vuelve hacia el Señor y está abierto a Él, y si nuestro espíritu está ejercitado, y si somos pobres en espíritu y puros de corazón, amamos al Señor, amamos Su palabra y amamos Su ministerio, el Espíritu resplandecerá en la Palabra y transmitirá su contenido a nuestro ser, y responderemos en virtud de la fe que Dios nos da. La escena ya no será objetiva para nosotros, sino que para siempre será el contenido de nuestro ser. Además, esta verdad nos santificará, pues la palabra de verdad trae la realidad contenida en ella al interior de nuestro ser. Siempre que percibimos la verdad, también percibimos la realidad divina.

El hermano Lee usó a manera de ilustración una cámara cuando dijo:

La escena (la verdad) y nuestra acción de ver (la fe) son objetivas para la cámara (nosotros). Pero cuando la luz (el Espíritu) trae esa escena a la película (nuestro espíritu) en el interior de la cámara, tanto el acto de ver como la escena que vemos llegan a ser subjetivas para nosotros. Cuando la luz trae esa escena al interior de la cámara grabándola en el rollo de película, se produce un ¡clic! en el interior de la cámara. Ese ¡clic! en nuestro interior, que introduce la escena de la verdad en nuestro espíritu, es la fe. Ésta es la fe en la verdad ... A medida que nos abramos al Señor, la luz entrará en nuestro ser, y se producirá una reacción, un ¡clic!, el cual trae la escena divina de la verdad al interior de nuestro espíritu. Esta reacción es la fe. De este modo, no solamente captamos la escena divina de una manera externa, sino internamente en nuestro espíritu, a saber, en la película de la cámara. En su espíritu se ha producido una impresión de la escena divina, y esta escena divina ahora le pertenece. En esto consiste la comprensión cabal de la manera en que disfrutamos la salvación completa que Dios efectúa. (*Elders' Training, Book 6: The Crucial Points of the Truth in Paul's Epistles* [Entrenamiento para ancianos, libro 6: Los aspectos cruciales de la verdad contenida en las epístolas de Pablo], págs. 108-109)

La verdad, la revelación divina en la economía de Dios, es la escena. El Espíritu nos ilumina, y Dios nos da la fe para responder. Esa respuesta de fe es el ¡clic! Ese ¡clic! es la clave. Si no se ha producido ese ¡clic!, nada se ha hecho subjetivo para nosotros: no hemos asimilado nada. Pero cuando se produce el ¡clic!, habremos hecho nuestra esa escena. En nuestro ser se pueden producir muchos ¡clics!, incluso mientras leemos este mensaje. No tenemos que comprender cabalmente todo lo que escuchamos o leemos de un mensaje; simplemente necesitamos permanecer abiertos, y hacer ¡clic! continuamente para ser llenos. De este modo, experimentaremos una ola tras otra de revelaciones, y los velos serán quitados. A medida que contemplemos la escena divina, el Espíritu nos iluminará, Dios nos dará fe y se producirán muchos ¡clics! en nuestro interior. Si leemos o escuchamos un mensaje de este modo, después poseeremos mucho más de la realidad divina en nuestro ser. No solamente poseeremos la verdad, sino la fe en la verdad, la cual nos santifica.

**DIOS NOS HA LLAMADO PARA SALVACIÓN EN SANTIFICACIÓN  
POR EL ESPÍRITU Y EN LA FE EN LA VERDAD MEDIANTE  
EL EVANGELIO PARA QUE ALCANCEMOS  
“LA GLORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO”**

**La salvación en santificación por el Espíritu  
y en la fe en la verdad denota  
el procedimiento, mientras que alcanzar  
la gloria de nuestro Señor es la meta**

Dios nos ha llamado para salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad mediante el evangelio para que alcancemos “la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 2:14). La salvación en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad denota el procedimiento, mientras que alcanzar la gloria de nuestro Señor es la meta (He. 2:10). Si bien la santificación es maravillosa, no es la meta. La meta es la gloria, es decir, la expresión manifiesta de Dios.

*Toda la economía de Dios  
se relaciona con la gloria de Dios*

Los siguientes doce puntos nos muestran que la totalidad de la economía de Dios se relaciona con la gloria de Dios. Primero, Dios es el Dios de gloria (Hch. 7:2; Ef. 1:17; 3:14, 16; 1 Co. 2:8; 2 Co. 4:6, 1 P. 4:14). Segundo, el propósito divino es llevar muchos hijos a la gloria

(He. 2:10; 1 Co. 2:7; Ef. 1:5-6, 12, 14). Tercero, Dios nos creó como vasos preparados para gloria (Ro. 9:23). Cuarto, el pecado consiste en carecer de la gloria de Dios (3:23). Quinto, la redención efectuada por Cristo cumplió con todos los requisitos de la gloria de Dios (vs. 24-25; He. 9:5; cfr. Gn. 3:24). Sexto, mediante el evangelio de la gloria de Dios, Dios nos llamó a Su gloria eterna (2 Co. 4:4; 1 Ti. 1:11; 1 P. 5:10; 1 Ts. 2:12). Séptimo, Cristo está en nosotros como la esperanza de gloria (Col. 1:27; 3:4). Octavo, la meta de la salvación orgánica de Dios y la última etapa de dicha salvación es la gloria (He. 2:10; Ro. 8:17, 21, 30). Noveno, la iglesia posee la gloria de Dios (Jn. 17:22-23; Ef. 3:21). Décimo, en el reino estará la gloria de Dios (Mt. 6:13; 16:27; 25:31; Ap. 5:13). Once, la Nueva Jerusalén tendrá la gloria de Dios (21:10-11). Doce, en la economía de Dios, la gloria de Dios implica deificación: Dios se hizo hombre para que el hombre sea hecho Dios en vida, en naturaleza y en expresión (Jn. 1:14; Col. 3:4; He. 2:10; Ap. 21:10-11).

Por tanto, podemos contemplar toda la Biblia desde la perspectiva de la gloria de Dios. El Dios Triuno de gloria se ha propuesto llevar muchos hijos a la gloria. Es con este propósito que Él nos creó como vasos para gloria. Y aunque pecamos y carecemos de la gloria de Dios, Cristo murió para cumplir con todos los requisitos de Su gloria y los apóstoles anunciaron el evangelio de la gloria de Dios. Por consiguiente, la gloria de Dios en la faz de Jesucristo resplandeció en nuestros corazones y Dios nos llamó a Su gloria (2 Co. 4:6). Nosotros creímos, y ahora Cristo está en nosotros como la esperanza de gloria. La meta de la unión orgánica que tenemos con Dios es la gloria. Así pues, no debiéramos conformarnos con nada menos. Aunque podamos desanimarnos y sentir que jamás lo lograremos, estamos destinados a la gloria. Finalmente, todos seremos Dios-hombres tripartitos, hijos de Dios, a saber: iguales a Dios en vida y naturaleza, e iguales a Dios en cuanto a gloria. La iglesia posee la gloria de Dios, habrá gloria en el reino y la Nueva Jerusalén tendrá la gloria de Dios debido a que todos, a la postre, llegaremos a ser hijos santificados, deificados y glorificados, hijos del Dios Triuno procesado y consumado.

**La gloria que el Padre dio al Hijo es la filiación,  
que incluye la vida y la naturaleza divinas del Padre,  
a fin de que el Padre sea expresado en Su plenitud**

La gloria que el Padre dio al Hijo es la filiación, que incluye la vida

y la naturaleza divinas del Padre, a fin de que el Padre sea expresado en Su plenitud (Jn. 17:22; 5:26; 1:18; 14:9; Col. 2:9; He. 1:3). El Hijo dio esta misma gloria a Sus creyentes para que también ellos tengan la filiación, que incluye la vida y la naturaleza divinas del Padre, a fin de que expresen al Padre en el Hijo, en la plenitud del Hijo (Jn. 1:16; 17:2; 2 P. 1:4). Dios nos llamó para que alcanzáramos esta gloria, la gloria de la vida divina y de la naturaleza divina, a fin de que expresáramos al Ser Divino (1 P. 5:10).

**En 2 Tesalonicenses 1:10 dice que Cristo viene  
“para ser glorificado en Sus santos  
y ser admirado en todos los que creyeron”**

*Cristo, el Señor de gloria, fue glorificado  
en Su resurrección y ascensión, y ahora reside en nosotros  
como la esperanza de gloria para llevarnos a la gloria*

En 2 Tesalonicenses 1:10 dice que Cristo viene “para ser glorificado en Sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”. Cristo, el Señor de gloria, fue glorificado en Su resurrección y ascensión, y ahora reside en nosotros como la esperanza de gloria para llevarnos a la gloria (1 Co. 2:8; Jn. 17:1; Lc. 24:26; Col. 1:27; He. 2:9-10).

*A Su regreso, Él, por un lado,  
vendrá de los cielos con gloria, y, por otro,  
brotará del interior de Sus santos a fin de ser glorificado en ellos*

A Su regreso, Él, por un lado, vendrá de los cielos con gloria, y, por otro, brotará del interior de Sus santos a fin de ser glorificado en ellos (Ap. 10:1; Mt. 25:31; 2 Ts. 1:10; Col. 1:27). Cuando decimos: “¡Ven, Señor Jesús!”, ello equivale a declarar: “Ven de los cielos, y ven también desde mi interior. Señor, ven y envuélveme en gloria”. Él vendrá de los cielos, y para sorpresa de muchos, incluso de nosotros mismos, Él emergerá de nuestro espíritu regenerado y de nuestra alma santificada para darnos un cuerpo transfigurado, un cuerpo glorioso. No tenemos la menor idea de lo que será esto; únicamente tenemos al Espíritu como anticipo. Debemos creer en esto con todo nuestro ser. Jamás debiéramos cansarnos de nosotros mismos ni de ninguna otra persona que ha sido salva, pues estamos rumbo a la gloria. El Dios de gloria será glorificado en nosotros; Él será magnificado en nosotros.

*Que Cristo sea glorificado en Sus santos significa que Su gloria se hará manifiesta desde el interior de Sus miembros y que dicha gloria “transfigurará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya”*

Que Cristo sea glorificado en Sus santos significa que Su gloria se hará manifiesta desde el interior de Sus miembros y que dicha gloria “transfigurará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea conformado al cuerpo de la gloria Suya” (Fil. 3:21).

**“Para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en Él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”**

En 2 Tesalonicenses 1:12 dice: “Para que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en Él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”. La primera parte de este versículo indica coinherencia e incorporación. La frase *conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo* significa conforme a nuestro disfrute de este Dios maravilloso en Su salvación plena y completa, la cual se efectúa en santificación por el Espíritu y en la fe en la verdad, lo cual resulta en gloria. ¡Qué meta y qué destino tenemos!

*La gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo es el Señor mismo que mora en nosotros como nuestra vida y nuestro suministro de vida, a fin de que llevemos una vida que glorifique al Señor y redunde en que seamos glorificados en Él*

La gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo es el Señor mismo que mora en nosotros como nuestra vida y nuestro suministro de vida, a fin de que llevemos una vida que glorifique al Señor y redunde en que seamos glorificados en Él (1 Co. 15:10; Gá. 6:18; Fil. 4:23; 2 Ti. 4:22).

*Es conforme a tal gracia que el nombre de nuestro Señor Jesús será glorificado en nosotros y nosotros seremos glorificados en Él*

Es conforme a tal gracia que el nombre de nuestro Señor Jesús será glorificado en nosotros y nosotros seremos glorificados en Él (Jn. 1:16; 17:21-22, 26). Esto es mutua glorificación como la consumación de la salvación en santificación.—R. K.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8

**Nuestro corazón necesita  
ser afirmado irreprochable en santidad  
(Mensaje 8)**

Lectura bíblica: 1 Ts. 3:13; Pr. 4:23

- I. El corazón es el conglomerado de todas las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su delegado:
  - A. Nuestro corazón está compuesto por todas las partes de nuestra alma —nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Jn. 14:1; 16:22; Hch. 11:23)— y una parte de nuestro espíritu: nuestra conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
  - B. Nuestro corazón y la condición en que se encuentre delante de Dios se relaciona orgánica, intrínseca e ineludiblemente con la condición en que está nuestro espíritu, alma y cuerpo delante de Dios:
    1. Ejercitar nuestro espíritu tiene eficacia únicamente si nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, su espíritu queda preso en su interior y las capacidades del mismo no pueden manifestarse—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17.
    2. El alma es nuestra persona misma, pero el corazón es nuestra persona en ejercicio de sus funciones; así pues, el corazón es el delegado, el comisionado en funciones, de todo nuestro ser.
    3. Así como las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico, del mismo modo, nuestra vida diaria, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tengamos.
  - C. El corazón es la válvula que regula la entrada y la salida de la vida divina, es el “interruptor” de dicha vida; si nuestro